

Tras su muerte en Babilonia en el 323 a. C. el cuerpo de Alejandro Magno fue llevado en una magnífica procesión a Egipto, para su entierro final en Alejandría, en donde permaneció durante alrededor de seiscientos años.

El mausoleo de Alejandro estaba considerado una de las maravillas de la Antigüedad. Julio César peregrinó para verlo y lo mismo hicieron los emperadores Augusto y Caracalla.

Pero después de una serie de terremotos, incendios y guerras, Alejandría comenzó a declinar y se perdió todo rastro de la tumba.

A pesar de numerosas excavaciones, nunca ha sido hallada.

Prólogo

Desierto de Libia, 318 a. C.

En el punto más bajo de la cueva había una fuente de agua dulce, como un solitario clavo negro en el extremo de una pierna mutilada, quemada y retorcida. Una gruesa capa de líquenes enturbiaba su superficie, apenas alterada por los siglos excepto para ondear y agitarse con el contacto de alguno de los insectos que vivían sobre ella, o elevarse con burbujas de gas que brotaban desde lo más profundo del suelo desértico que la rodeaba.

De pronto, estalló la superficie, y la cabeza y los hombros de un hombre emergieron del agua. Su rostro miraba hacia lo alto y al instante tomó hondas bocanadas de aire a través de la nariz de agitados alvéolos y la boca abierta, como si hubiera permanecido bajo el agua al límite de lo que podía soportar. Sus bocanadas no disminuyeron en intensidad con el paso del tiempo; es más, parecían volverse cada vez más desesperadas, como si su corazón estuviera a punto de esta-

llarle dentro del pecho. Pero al poco tiempo superó lo peor del trance.

No había ninguna luz en la caverna, ni siquiera la fosforescencia del agua; y el alivio del hombre de haber sobrevivido bajo el agua pronto se convirtió en desesperanza al haber cambiado una forma de morir por otra. Tanteó en torno al borde del pozo hasta que encontró un saliente. Se alzó y se dio media vuelta para poder sentarse. Casi inconscientemente, buscó su daga debajo de la túnica empapada; pero, a decir verdad, poco peligro había de que lo persiguieran. Había tenido que pelear y abrirse paso a patadas durante su huida a través del agua. Le gustaría ver cómo intentaba seguirlo aquel gordo libio que había tratado de ensartarlo con su espada; casi seguro que se había quedado atascado en el pasadizo, y no quedaría libre a menos que perdiera algo de peso.

Algo le rozó la mejilla. Soltó un grito de terror y alzó las manos. El eco era extrañamente grave para lo que imaginaba que era una pequeña caverna. Alguna otra cosa pasó rozándolo. Sonaba como un ave, pero ningún pájaro podía volar en semejante oscuridad. Tal vez un murciélago. Había visto bandadas de murciélagos al atardecer revoloteando sobre las distantes arboledas, como moscas. Eso aumentó sus esperanzas. Si se trataba de esos mismos murciélagos, entonces tenía que haber una salida. Examinó las paredes de roca con sus manos, y luego comenzó a trepar por la menos escarpada. No era un hombre atlético, y el ascenso en la oscuridad era muy fatigoso, aunque al menos la pared contaba con hendiduras a las que aferrarse. Cuando llegaba a un sitio por el que no podía seguir avanzando, retrocedía y buscaba otro camino. Y luego otro. Pasaron muchas horas. Se sentía hambriento y cansado. Una vez comenzó a caer y gimió aterrizado. Si se rompiera una pierna, sería su fin, como si se

tratara de una mula, pero se golpeó la cabeza contra una roca y la oscuridad se apoderó de él.

Cuando recuperó el conocimiento, durante un dichoso momento no supo dónde estaba, ni por qué. Al recobrar la memoria, sintió tal desazón que consideró la posibilidad de regresar por donde había venido. Pero no podía volver a enfrentarse a ese pasadizo. No. Mejor seguir adelante. Intentó subir por las paredes rocosas una vez más. Y otra. Y por fin, en una de sus tentativas, alcanzó un pequeño borde lo suficientemente alto sobre el suelo de la caverna, pero en el que sólo cabía de rodillas. Se arrastró hacia delante y hacia arriba, con la pared rocosa a su izquierda y nada a su derecha, muy consciente de que el más mínimo error lo haría caer hasta una muerte segura. Esa percepción no lo detuvo, sino que, por el contrario, aumentó su concentración.

El borde se curvaba de tal modo que le parecía estar arrastrándose dentro del vientre de una serpiente de piedra. Pronto la oscuridad dejó de ser tan impenetrable como hasta entonces. Luego divisó una luz difusa y finalmente consiguió ver el sol del ocaso. Se había quedado tan cegado por haber pasado tanto tiempo en la oscuridad que tuvo que cubrirse los ojos con el antebrazo para protegerlos.

¡El sol se estaba ocultando! Había pasado por lo menos un día desde la emboscada de Ptolomeo. Se acercó hasta el borde y miró hacia las profundidades. Nada sino rocas desnudas y una muerte segura. Miró hacia arriba. Seguía siendo escarpado, pero parecía accesible. El sol pronto desaparecería. Continuó trepando un poco más, sin mirar ni abajo ni arriba, contentándose con avanzar lentamente. La paciencia fue beneficiosa. Varias veces la piedra arenisca se deshizo en su mano o bajo su pie. El último resplandor del día se apagó justo cuando alcanzó un saliente. Ya no había posibilidad de

retorno, así que se concentró y luego, completamente decidido, se alzó haciendo toda la fuerza posible con las manos y los codos, empujando frenético con las rodillas y los pies, despellejándose la piel contra la áspera piedra, hasta que por fin pudo subir y se desplomó boca arriba, mirando agradecido al cielo nocturno.

Kelonymus nunca se había considerado un valiente. Era un hombre dedicado a las curaciones y al conocimiento, no a la guerra. Sin embargo, sintió el silencioso reproche de sus camaradas. «Juntos en la vida, juntos en la muerte», ése había sido su juramento. Cuando Ptolomeo los había atrapado finalmente, los otros tomaron sin dudar el destilado de hojas de laurel real que Kelonymus les había preparado, para evitar que la tortura les soltara la lengua. Pero él dudó. Sintió una terrible oleada de miedo a perderlo todo antes de que llegara su hora, ese maravilloso don que era la vida, su vista, su olfato, su tacto, el gusto, la gloriosa capacidad del pensamiento. ¡No volver a ver jamás las altas colinas de su tierra, las frondosas márgenes de sus ríos, los bosques de pinos y abetos! Nunca podría escuchar de nuevo los pasos de los hombres sabios en el mercado. ¡Ni sentir los brazos de su madre en torno a él, o bromear con su hermana, o jugar con sus dos sobrinos! Así que sólo fingió beber el veneno. Y mientras los otros yacían exánimes a su alrededor, él huyó por las cuevas.

La luna iluminó el descenso, mostrándole el desierto a su alrededor, haciendo que se percatara de su inmensa soledad. Sus antiguos camaradas habían sido los mejores soldados del ejército de Alejandro, los más valientes. No había lugar más seguro que en su compañía. Sin ellos se sentía débil y vulnerable, perdido en una tierra de dioses extraños e idiomas incomprensibles. Avanzó por la pendiente cada vez más

rápido, con el miedo a Pan atosigándole, hasta que se lanzó a toda velocidad; entonces tropezó en un surco y cayó sobre la compacta arena.

Tuvo una creciente sensación de temor a medida que se ponía en pie, aunque al principio no estuviera seguro del motivo. Pero entonces formas extrañas empezaron a dibujarse en la oscuridad. Cuando se dio cuenta de qué eran, comenzó a lamentarse. Se acercó al primer par. Bilip, que lo había cargado cuando sus fuerzas le habían fallado, en las afueras de Areg. Iatrocles, quien le había contado relatos maravillosos de tierras lejanas. Cleómenes y Heracles eran los dos siguientes. No importaba que ya estuvieran muertos, la crucifixión era el castigo macedonio para los criminales y los traidores, y Ptolomeo había querido que se supiera que eso era lo que pensaba de aquellos hombres. Pero no habían sido ellos los que habían traicionado la última voluntad de Alejandro respecto a dónde quería ser enterrado. No habían sido ellos los que habían puesto su ambición personal por encima de los deseos de su rey. No. Aquellos hombres sólo habían intentado hacer lo que el mismo Ptolomeo debería haber hecho: construir una tumba para Alejandro cerca de la de su padre.

Algo en la simetría de las cruces llamó la atención de Kelonymus. Estaban puestas de dos en dos. En todo el camino. Sin embargo, el grupo constaba de treinta y cuatro integrantes. Él mismo y otros treinta y tres. Un número impar. ¿Cómo podían coincidir en el número exacto? Tuvo una leve esperanza. Tal vez alguien más había escapado. Comenzó a apresurarse por aquella horrible avenida de la muerte. Viejos amigos a cada lado, sí; pero no su hermano. Veintiséis. Rezó en silencio a los dioses, y sus esperanzas aumentaban a medida que avanzaba. Veintiocho. Treinta. Treinta y dos. Y nin-

guno era su hermano. Y no había más cruces. Sintió, por un momento, una euforia exacerbada. Pero no duró. Como si viera un cuchillo hundido entre sus costillas, se dio cuenta de lo que había hecho Ptolomeo. Dio un grito de angustia y de furia, y cayó de rodillas sobre la arena.

Cuando su rabia se hubo calmado, Kelonymus era un hombre distinto, un hombre con un propósito fijo y decidido. Había traicionado su juramento con aquellos hombres una vez. No volvería a hacerlo. «Juntos en la vida, juntos en la muerte». Sí, les debía al menos eso. A cualquier precio.